



CRONICA DE UNA VISITA AL MERCADO CON VEINTICINCO NOTAS Y UN MAR

■ ANA VICANDI

No le extrañaría nada que las judías verdes hubieran vuelto a subir aunque mucho más descorazonadora es la certeza de que va a seguir lloviendo. Lloviendo, lloviendo. Durante toda la maldita semana un cielo muy feo se ha obstinado en aplastar la luz de la ciudad hasta casi atortujarla contra el asfalto pringoso y a cada tanto destila una carga de esa agüilla fina a la que con tantísima propiedad suele denominarse calabobos.

Uno de esos ataques de lluvia insustancial la ha vuelto a sorprender de camino al mercado, y ella va

salvando los atolladeros del recorrido mientras masculla imprecaciones mezcladas contra los elementos adversos y el adminículo en escoceses grises, verdes y naranjas que conduce con las dos manos y mucha dificultad.

Ha vuelto a cometer la imprudencia de salir de casa sin protección contra el agua pero es preferible empaparse hasta el alma que sobrellevar la complicación nefasta de paraguas y carrito de la compra al caminar. El carrito sí es imprescindible y hacer avanzar una banasta sobre ruedas ya requiere bastante



esfuerzo sin necesidad de enredarse en equilibrios de funámbulo sin vocación.

Las angosturas y peligros que hay que superar en el trayecto desde casa al mercado convierten el viaje en una carrera de obstáculos que no excluye el peligro de atropellamiento si una no anda ligera como hembra de gamo. Téngase en cuenta que en algunos de los tramos de este recorrido las aceras no alcanzan siquiera el metro de holgura y en ciertas zonas críticas éstas se estrechan hasta convertirse en un repecho impracticable en el que sólo cabe un pie¹.

A esa construcción de barrio antiguo y popular² hay que añadir el estorbo de un parque automovilístico en expansión perpetua. Los conductores de los coches en circulación se impacientan y abocinan a los peatones que se han visto obligados a lanzarse a la calzada para que dejen expedito su camino y se quiten de en medio sin más contemplación.

Los automóviles que permanecen aparcados encaraman uno de sus laterales sobre las aceras, cuando éstas no son extremadamente escuetas, y mientras ella se abre camino, esquivo las salpicaduras de

los charcos reventados por los neumáticos que ruedan, tira del carro encallado en una falla del terreno y la lluvia recama sus pestañas con una guirnalda de brillantes líquidos, piensa que esos coches alineados tienen un aire de urgencia un poco soez.

Con los bajos así despatarrados casi parecerían animales perversos a punto de enclausrarse, si no fuera porque todos sabemos que sólo son estúpidas máquinas incapaces de otros deseos que no sean atorar



las calles, quemar gases, bramar y correr.

Al desembocar en la arteria principal del barrio³ el mundo se abre en un cierto sentido y se espesa en otro. De pronto las aceras son amplias y hasta parecerían un punto residenciales si no fuera porque el tránsito de gentes es prieto y avasalladoramente hu-

1) Aunque en principio pudiera parecer precipitado, posteriores indicios permiten aventurar que se alude al segmento de la madrileña calle Almansa que desemboca en Bravo Murillo.

2) Tras la concienzuda investigación realizada con el objetivo de ubicar geográficamente el escenario de la acción, consideramos que, sin casi margen de error, esta referencia apunta al barrio de Bellas Vistas, en la zona sur-occidental del madrileño distrito de Tetuán.

Dicho distrito fue en su origen un arrabal surgido en los extrarradios del Madrid amurallado. Los asentamientos que aparecen en el siglo XIX crecieron rápidamente, impulsados por dos circunstancias propicias: en primer lugar, la de tratarse de una zona fiscalmente "fronteriza", al margen de los altos impuestos de la capital; en segundo lugar, por que en ella era posible construir viviendas económicas sobre terrenos baratos.

Todo ello fue configurando unos caseríos que -habitados por comerciantes, obreros, inmigrantes recién llegados..., crecieron caóticamente, sin las normativas y planes urbanísticos que racionalizaron la formación de otros barrios más selectos. Las alineaciones caprichosas, entre vaguadas y desniveles, dibujaron un entramado de calle estrechas y tortuosas que ha subsistido hasta hoy.

Hace décadas que Tetuán se encuentra incorporado al municipio capitalino pero sus barrios más antiguos, aunque remozados, adecentados y curiosos, siguen conservando actualmente, y en gran medida, la peculiar fisonomía urbana que sus orígenes suburbanos dictaron a golpe de pala, ladrillo e improvisación.

3) Al hilo de nuestras laboriosas deducciones, esta "arteria principal" no puede ser otra que la ya mencionada calle de Bravo Murillo. En sus orígenes esta vía fue denominada la Mala de Francia -"La Malle", que los franceses habían dado a la carretera de salida desde Madrid hacia el Norte. El desarrollo del distrito, su propia existencia, está profundamente ligada a esta vía de comunicación que antes de adoptar su nombre actual y definitivo fue también denominada calle de O'Donnell. Se trata de una avenida extremadamente populosa, especialmente en el tramo al que creemos se hace referencia, esto es, desde la Glorieta de Cuatro Caminos hasta el punto llamado "del Estrecho".



mano. Por fortuna, los viandantes han aprendido a discurrir por este río imparable a gran velocidad y sin apenas tropiezos, ojeando sobre la marcha los esca-



parates de las tiendas y las mercancías de los kioscos de prensa. Cuando llueve se intensifica aún más el ritmo de la marcha, porque casi todos los caminantes reconcentran la atención en las empuñaduras de sus paraguas y en la punto frenética de sus pies.

Un centenar de metros al sur la lluvia y la contaminación atmosférica desdibujan la grosera mole del puente elevado⁴, pero ella camina en dirección contraria, remonta unos metros acera arriba y salva a la carrera uno de los cruces más multitudinarios que con toda seguridad regula un semáforo. Y al frente, al fin, por fin, la marquesina del mercado⁵, con sus tres globos de luz colgante, le presta su cobijo y el vestíbulo del edificio abre para ella un huevo protector, como un gran huevo cuadrado y tibio.

Llega triste y destemplada, mojada e inquieta. Maldita lluvia, maldito cielo sucio, malditas judías verdes, maldita soledad de ama de casa de casa vacía en la que nada queda por gobernar. Además la llovizna ha convertido sus controlados bucles de peluquería en un amasijo de rizos naturales retorcidos hasta la contorsión. La tendencia de su pelo al enroscamiento la enfurece y su malhumor se traduce en los cuatro manotazos impacientes con los que trata de espantar las gotas de lluvia posadas sobre las hombreras de su chaquetón.

Pero, como siempre, enseguida se deja ganar por el bálsamo reconfortante de un cierto olor. Y la cosquilla nerviosa de la anticipación.

Y un tufo y un ruido de organismo vivo que vienen de dentro que suavemente atenúan su malestar, la desagradable humedad que le apelmaza el ánimo. Aspira varias bocanadas de ese aire familiar y el peso del carrito se hace de pronto más libiano. Sube las catorce escaleras⁶ de acceso con una intensidad que a ella misma hubiera sorprendido minutos antes y atraviesa al trote la galería comercial que antecede a la nave principal del mercado⁷.

Los ventanales del techo⁸ tamizan esa grisura exterior de pesadumbre y lluvia, de desvalimiento y crispación, y el mercado es en contraste un gran vientre de luz caliente; una víscera que parece palpar y estremecerse a pesar de estar tan sólidamente recosida a sí misma por las esbeltas columnas de hierro⁹. Ella se para a

4) Aún siendo un mero comentario circunstancial, este detalle ratifica lo atinado de nuestras apreciaciones, ya que el puente elevado de la glorieta de Cuatro Caminos es perfectamente visible, en dirección Sur, desde el ángulo de Bravo Murillo con Almansa. Este viaducto para el tráfico rodado fue inaugurado en 1969 y constituyó el primer paso elevado que se construía en Madrid con hormigón pretensado.

Con su ciclópea irrupción, el viaducto partió en dos mitades la plaza circular y quebró sin remedio la fisonomía tradicional de la antigua glorieta, hasta entonces adornada con una fuente central que anteriormente había ornamentado la Puerta del Sol.

En sus orígenes, la plaza fue un descampado en el que la carretera de Francia se cruzaba con el camino de Aceiteros y el paseo de Santa Engracia. En la actualidad continúa siendo un importante "cruce de caminos" en el que siguen confluyendo los dos tramos de la actual Bravo Murillo y Santa Engracia, junto con la Calle Artistas y los paseos de Raimundo Fernández Villaverde y de la Reina Victoria.

5) Se remite a NOTAS 10 y 14.

6) Se remite a NOTA 10.

7) Se remite a NOTA 10.

8) Se remite a NOTA 10.

9) Se remite a NOTA 10.



aspirar lento, muy lento, de nuevo paralizada por ese cándido golpe de maravilla renovada que siente cada vez que irrumpe en el recinto. El retumbar de ese deseo atascado sin remisión y para siempre en alguna parte del pecho.

Qué nombre tan hermoso y apropiado tiene este lugar¹⁰, piensa también cada vez, porque la rutina de la visita diaria y los años acumulados¹¹ no han hecho sino alimentar esa extraña pulsión de excitación y ansia, de alegría y tensión, de absurda aventura cotidiana.

Ya desde que siendo una joven-cita acompañaba a su difunta madre a aquel mismo mercado¹², a través de las mismas callejuelas enrevesadas del barrio, ha sentido el recinto como una burbuja de mundo aparte. Eran entonces difíciles tiempos de hambre y penuria y la compra era un duro ejercicio de subsistencia, pero la imagen que prevalece por encima de cualquier otra es la de la chavalilla flaca que ella fue, caminando de puesto en puesto junto a la madre, dichosa y ufana porque se le permitía



ayudar con la carga del modesto capachito de la compra familiar.

Hace mucho que ella dejó de ser una jovencita¹³. Que dejó de ser una mujer casada. Que casi dejó de ser, a veces piensa. Ahora su pensión de viuda y los ahorros de toda una vida le permiten un buen pasar. Ahora también tiene un flamante carro nuevo y antes tuvo otro y otro y otro.

Antes también tuvo un marido y unos hijos a los que alimentar, pero ahora sólo le queda el carrito en escoceses grises, naranjas y verdes con el que disfrazarse de mujer atareada que soporta unas serias responsabilidades de abasto doméstico que no tiene ya. Ahora

sólo tiene el maldito carro de cuadros y el ritual escrupulosamente metódico que empezó a entretejer el día en que el vacío se instaló definitivamente en su casa y la burbuja de mundo aparte que era el mercado empezó a convertirse en la parte del mundo más real.

El demorado paseo de inspección con que inicia

10) Los indicios que se desgranar en estos últimos párrafos proporcionan pistas de incuestionable valor. Así pues, nos creemos en condiciones de enunciar la tesis fundamental de la presente investigación: el mercado al que se hace constante referencia es el de "Maravillas", sito en Bravo Murillo, calle a la que dan su fachada y entrada principales. Esta última está protegida, en efecto, por una larga marquesina. Los datos referidos a los tres globos de luz y a los catorce escalones ascendentes encajan asimismo con exactitud matemática.

La planta de este mercado presenta, por otro lado, forma de T. La galería comercial que se menciona constituiría el tramo vertical de dicho grafismo, mientras que la nave principal conformaría el rasgo superior y transversal. Una y otra suman un total de 8.772 metros cuadrados, lo que convierte al "Maravillas" en el mercado minorista de mayores dimensiones de Madrid.

Las claraboyas cenitales y las delgadas columnas de hierro sobre las que se sustenta la estructura de la mencionada nave principal son asimismo dos de los elementos que caracterizan al conjunto arquitectónico. En cuanto al nombre del mercado, ciertamente de belleza inusual, ha de apuntarse que es herencia directa de la construcción que con anterioridad ocupaba el emplazamiento, esto es, el Colegio de Nuestra Señora de la Maravillas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana.

11) Se remite a NOTA 12.

12) Esta inesperada y sucinta remembranza del pasado arroja cierta luz sobre una cuestión quizá no sustancial al objeto de nuestra investigación, pero que comporta a nuestro entender un interés mucho más que anecdótico. El mercado de "Maravillas" fue inaugurado en 1942, lo que significa obviamente que cualquier visita no puede ser anterior al año en cuestión. Por otro lado, los "difíciles tiempos de hambre y penuria" remiten claramente a los primeros años de la postguerra. Todo ello permite inferir que el sujeto debe hallarse en una banda de edad comprendida entre los 54 y los 62 años.

13) Se remite a NOTA 12.





la visita sigue un recorrido sólo aparentemente caprichoso por la cuadrícula de calles interiores, paralelas y perpendiculares, que conforman los puestos adosados en largas hileras¹⁴.

También hay, desde luego, mucha gente en el mercado¹⁵, pero aquí su tráfico resulta amable, conciliador, olvidadas al fin las puntas de sus pies miserables. Y es cierto, comprueba, que los precios de las judías verdes andas últimamente como fuera de sí, pero en compensación los tomates presentan un comportamiento muy moderado. Hoy, los preciosos frutos de la tomatera muestran una carnosidad exultante desde los puestos de verduras y hortalizas¹⁶. A su lado los manojos de puerros alzan sus orgullosos penachitos vegetales; los cuerpos orondos de las berenjenas lanzan destellos de mo-

rada turgencia; con su simpática monstruosidad las patatas¹⁷ se aprietan entre sí, y en la convivencia amontonada de sus correspondientes cajoneras hacen lo propio las zanahorias de carne prieta, los nabos grumosos, las cebollas nacaradas, los contundentes calabacines, los pimientos de bruñida pie. Aquí y allá lechugas y escarolas componen manchas de verde cerrado sobre las que los rábanos salpican puntos de sangre inocente.

Intercalados y deslumbrantes, los puestos de frutas¹⁸ compiten en la promiscuidad de las formas y colores: el terciopelo rasposo de los melocotones, la redondez verdirroja de las manzanas, el amarillo de los plátanos enracimados, la gracia de las peras con sus rabitos insolentes, las dulces ciruelas, las crestas de mandarinas y naranjas, presas en el oleaje de

14) El mercado de "Maravillas" fue proyectado por el arquitecto Pedro Muguruza Otaño siguiendo las pautas del llamada estilo "racionalista". La marquesina que protege la entrada principal es, por ejemplo, uno de los rasgos típicos de dicho estilo, lo mismo que la regularidad geométrica con que se distribuyen los puestos sobre la planta rectangular, componiendo, en efecto, una cuadrícula de vías paralelas y perpendiculares. A todo lo largo de dicha planta, en sentido Norte-Sur, discurren un total de cinco calles, cortadas por decenas de transversales.

15) El mercado de "Maravillas" disfruta de un merecido prestigio y ha abastecido durante décadas no sólo al público del distrito sino a compradores procedentes de otras zonas más lejanas de la ciudad e incluso de la provincia. Como todos los mercados tradicionales, el "Maravillas" ha acusado en los últimos tiempos los efectos de la competencia de los modernos hipermercados, pero, no obstante, su reputación no ha sufrido merma, la afluencia de público sigue siendo copiosa y la animación constante.

16) Se remite a NOTA 18.

17) Se remite a NOTA 18.

18) Los puestos de frutas y hortalizas suman en el "Maravillas" un total de 77. Los volúmenes medios de ventas de frutas y verduras frescas son, respectivamente, de 400.000 y 300.000 kilogramos por mes. En capítulo aparte, las ventas de patatas alcanzan los 200.000 kilogramos al mes.



unos océanos quietos sobre los que la tormenta nunca acaba de descargar.

Pero ella no compra nada todavía. Siempre deja eso para el final. Nadie la espera en casa y la única prisa que podría sentir, la de pasarse un cepillo por la cabeza acaracolada, no es en realidad apremiante. Prefiere demorarse, continuar zigzagando en un paseo sólo aparentemente arbitrario, solo en apariencia banal. Tuerce aquí y allá, y se recrea ahora en la contemplación de las resbalosas criaturas que yacen sobre hielo machacado, trasmutada para siempre por la de pescado¹⁹ su primitiva condición de peces. Quizá mañana compre una pescadillita para comer, piensa ahora, mientras admira la apetitosa belleza de las gambas, el brillo negro de los mejillones, el pataleo de los cangrejos que se remueven en su caja como imposibles trocitos de acantilado rocoso²⁰.

También están las piezas de vaca y añojo, y las de ternera, y los costillares de cordero, y los fragmentos de cerdito pálido, y los pollos decapitados, y las perdiceras colgando pico abajo, y los huevos de fragilidad perfecta, y los riñones que sonríen, y los hígados sangrantes, y las morcillas enhebradas en ristras como misteriosos organismos dormidos²¹.

Pero ella no compra nada, sigue sin comprar nada, cada vez más tomada por el calambre que siente a medida que se acerca a ese cruce de emociones al que ya siempre, indefectible-

mente, acaba conduciendo su paseo. Camuflada tras la normalidad de su carrito vacío, le contempla absorta desde el esquinazo de un puesto de ultramarinos²².

Está encaramado tras su mostrador y atiende a las clientas que se arremolinan frente a él con esa efi-



cacia plácida que a ella le parece tan superior. Le gustan su cara y sus ojos; le gustan los dos surcos profundos que el tiempo ha ido dibujando alrededor

19) Se remite a NOTA 20.

20) El "Maravillas" dispone de 35 puestos de pescadería y marisquería, en los que se despachan unas cantidades mensuales de 225.000 kilogramos de pescado fresco y de 29.000 kilogramos de marisco.

21) Los puestos dedicados en exclusiva a la carne son 16, si bien existen otras 32 carnicerías que combinan esta especialidad bien con la venta de embutidos, bien con la de quesos, bien con la de especialidades de salchichería. También 16 son los puestos de aves, caza y huevos, mientras que las casquerías ascienden a 7. En el "Maravillas" se expenden 146.200 kilogramos de carnes frescas al mes, 72.000 kilogramos de pollo y 18.000 docenas de huevos.

22) Los puestos alineados que conforman la red de calles interiores del "Maravillas" suman un total de 269. A los tipos de establecimientos ya reseñados hay que añadir, entre otros, los ultramarinos, bares, herbolarios y puestos de especias, mantequerías, panaderías, lecherías, artículos de limpieza, reparación del calzado y floristerías.



de su sonrisa ancha y las canas entreveradas que le sombream de gris el pelo crespo. Pero sus manos siguen siendo jóvenes, tersas, ágiles y eficientes. Cortan, pesan, componen pulcros paquetitos de papel. Ella le observa desde lejos y siente que se le licúa un brote de ternura en el vértice de los ojos. Cree que le conoce desde hace siglos aunque en realidad sólo puede hacer algunas décadas, las transcurridas desde aquellos días lejanos en que acompañaba a su madre al mercado para cargar el capacho de la compra familiar²³.

Entonces ella era un chiquilla flaca y él un aprendiz mozalbete con el que no recuerda haber cruzado nunca sino alguna mirada casual. Después ella tuvo un marido apacible y unos hijos hermosos y descastados a los que alimentó con un amor sin fisuras de esposa y madre. Pero un mal

día, mucho más tarde, el vacío se había instalado en su casa y poco a poco, con el empecinamiento de las locuras inocuas que crecen y crecen, aquel esquinazo del mercado había empezado a atraerla como un imán de pelo gris y ojos calmos. De tórax dilatado y muñecas peludas emergiendo de entre las mangas del mandil. Un imán de dedos voladores que manipulaban sobre el teclado de la balanza electrónica como si se tratara de un cuerpo blanco de mujer.

Desde lejos, sin acercarse jamás hasta ese mostrador que irradia un aura de luz, se dice que a la vejez viruelas y amor y se ríe para dentro de su propia estupididad enamorada. pero al rato tiene que despedirse mentalmente hasta mañana.

Ahora sí le pareció que se había hecho tarde y se apresuró. De salida compró un cuarto de kilo



23) Se remite a NOTA 12.



de carísimas judías verdes, un poco de carne picada y pan. al retornar al mundo exterior comprobó que la cúpula de nubes se había rasgado en mil jirones que el viento arrastraba tierra adentro, liberando un cielo impaciente y escandalosamente azul.

Limpia de brumas, la resplandeciente línea del mar

se había hecho visible; el aroma del salitre se imponía sobre todos los demás e invadía el aire como un perfume embriagador²⁴. Pero aún tenía que cocer las judías verdes y prepararse las albóndigas. Hizo un quiebro con el carrito para desatascar sus ruedas medio hundidas en la arena²⁵, se sonrió a sí misma y enfiló el camino de vuelta, contenta, veloz.

ANA VICANDI.

Es escritora. Nació en Bilbao hace 34 años, está afincada en Madrid desde 1981.

Ha ganado varios premios literarios y publicado libros de cuentos.

24) Se remite a NOTA 25.

25) Obviamente, estas tres últimas y desconcertantes referencias a la línea del mar, el aroma a salitre y la arena parecen desbaratar la teoría hasta este punto tan coherentemente argumentada, contradiciéndola en lo esencial. El investigador confiesa que estas tres incómodas "pistas" le han sumido por momentos en el desaliento y la confusión. Porque, ciertamente, ¿qué pinta aquí el mar?. ¿a qué viene eso del perfume salino?. ¿y la arena..., a cuento de qué?.

Pero vencida la tentación de desistir, mandarlo todo al carajo y salir a respirar el aire mojado, el investigador se reafirma en su tesis; asegura asimismo haber considerado y reconsiderado la situación con todas las cautelas y el rigor precisos antes de desestimar el sesgo "marítimo" que se introduce en este, a nuestro entender, extravagante párrafo final.

Así pues, y tras mucho darle vueltas al asunto, queremos creer que el mar, el olor a salitre y la arena son sólo imágenes poéticas. inspiradas quizá por la suerte de arrobamiento que inunda al sujeto y que sospecha que la naturaleza humana es por naturaleza inconsecuente, que el amor, más siendo platónico, puede obrar el milagro de la más intempestiva ensoñación, y que el universo sólo es una bola menuda que gira en el interior de una cabeza.

No es objeto del presente trabajo, sin embargo, entrar en disquisiciones de esta entidad, más allá del estricto ámbito científico que es de nuestra competencia.

Al investigador siempre le quedará, por supuesto, el leve resquemor de haber sido víctima de un espejismo y, en definitiva, de haber metido la pata hasta el corvejón. Aunque, repito, yo creo que no. Sea como fuere, si garantizamos para concluir que el resto de los indicios que aparecen en el texto han sido evaluados con la máxima objetividad y que las notas a pie de página -oportunas o no-, se atienden punto por punto a datos documentales, muchos de ellos proporcionados por la Asociación de Comerciantes del Mercado de "Maravillas", a la que damos las gracias por su amable colaboración.